



## Discurso de Antonio Muñoz Molina en el acto de entrega del Premio CEDRO 2023

Madrid, 26 de abril de 2023

Verdaderamente estoy muy contento y agradecido de recibir este premio. Cuando me lo dijo Daniel me puse contentísimo. Hay veces que uno se pone contento, en otras tiene alguna pega... pero aquí no había ninguna pega. Aquí se puede estar contento sin condiciones, al ser un premio tan noble y que te da una organización de colegas dedicados a la defensa de nuestro trabajo.

Cuando me llamó Daniel me acordé de un momento tristísimo en la memoria de D. José Zorrilla, que escribió sus memorias ya muy viejo, intentando ganar algo de dinero porque se encontraba en una situación en que lo habían coronado oficialmente poeta en Granada y había empeñado la corona de laurel. Él decía, en sus memorias, que era extraordinario ser tan pobre cuando había hecho ricos a todos los empresarios teatrales de España y Norteamérica con *Don Juan Tenorio*. *Don Juan Tenorio* hizo, efectivamente, ricos a muchos empresarios teatrales, pero no disminuyó ni en un céntimo la pobreza del pobre D. José Zorrilla, cosa que nos hace pensar.

Como es un premio tan noble, además, tan propio de este oficio, que no tiene dotación económica, me da alegría que puedo compartirlo felizmente con unas cuantas personas, aparte de con los amigos, los colegas académicos y escritores, editores y autoridades que hay aquí. Quiero compartirlo con las personas de mi familia, muchas de las cuales están aquí, que además se ganan la vida dignamente en oficios relacionados con las artes, con la literatura. Quiero dedicarlo a mi mujer, Elvira, que es autora por partida doble: no está aquí porque aparte de autora de novelas es directora de cine. También lo quiero dedicar a mi amigo Manolo Rodríguez Rivero, que fue durante muchos años cronista, crítico, comentarista... ha sido editor, ha estado en todos los trabajos relacionados con el libro. Conoce el mundo del libro como nadie y a mí me gustaría que su voz tan informada, tan crítica y lúcida volviera a escucharse bien alto en un sitio digno de ella.

A Manuel Vázquez Montalbán le gustaba citar una frase de Friedrich Dürrenmatt: «Qué tiempos estos en los que hay que esforzarse tanto en luchar por lo que es evidente». Pocas cosas puede haber que lo sean tanto como el derecho a la justa retribución por el trabajo y a la seguridad jurídica sobre los bienes legítimos. Pero esa evidencia curiosamente queda en suspenso en nuestro país cuando el trabajo del que se trata tiene que ver con las tareas o los oficios creativos, y cuando los bienes no proceden de la propiedad financiera, empresarial o inmobiliaria, sino la intelectual. En la inmensa mayor parte de los casos, el rendimiento de la propiedad intelectual es modesto, incluso nulo, y a diferencia de todas las demás queda extinguida al cabo de un cierto tiempo. Y los trabajos relacionados con las artes, mucho más variados y especializados de lo que piensa mucha gente, están sometidos por lo general a un grado de incertidumbre superior al de casi cualquier otra profesión. Un escritor, un músico, un artista, se dedica a una actividad profesional tan exigente como cualquier otra, y que requiere largos

años de aprendizaje, pero esa actividad, por su propia naturaleza, jamás ofrece resultados previsibles, y si existe una regla segura en ella es que el provecho, el beneficio, si llega, no se corresponderá con el esfuerzo que se ha dedicado a ella. «We work in the dark, we do what we can, we give what we have», dice un viejo escritor en una novela de Henry James. En cualquier otra profesión, la experiencia acumulada va otorgando un dominio creciente, una mayor seguridad en quien la ejerce y en quienes confían en ella. En la literatura, en las artes, la incertidumbre no cesa nunca, y puede agravarse en vez de corregirse con el paso de los años. Es verdad que trabajamos en la oscuridad, y también que hacemos lo que podemos, aunque puede que esté equivocado o no sea suficiente; y que damos lo que tenemos, que es lo mejor de nosotros mismos, pero nadie nos asegura que eso tan valioso que damos vaya a ser bien recibido por el público, o vaya a encontrar editor, o vaya a perdurar.

No me quejo de la incertidumbre, y con el tiempo me he ido acostumbrando al desgaste íntimo que causa. Nadie me pidió que me hiciera escritor. Es muy probable que hubiera seguido escribiendo de haber tenido muchos menos lectores, pero soy consciente de mi buena fortuna y agradezco, no sin cierta incredulidad, el privilegio de ganarme la vida dedicándome a aquello que más me gusta. Pertenezco a una generación afortunada que conoció el franquismo pero que no quedó malograda por él, y que llegó a la plena juventud y a la literatura al mismo tiempo que llegaba la democracia a nuestro país, trayendo consigo nuevas generaciones de ciudadanos lectores. Cualquier tipo de creación literaria o estética requiere un alto grado de disciplina y de soledad, pero el libro, la obra de arte, la película, no cobran pleno sentido hasta que no llegan a sus destinatarios, pocos o muchos, y ese encuentro no es posible sin una cadena de oficios y saberes que pueden ser a la vez cruciales e invisibles. La lectura es un acto tan solitario, tan íntimo, como la misma escritura, pero esas dos soledades están rodeadas de las presencias numerosas sin las cuales ni el libro podría existir como objeto material ni haber llegado a las manos del lector. Las innovaciones tecnológicas favorecen la sensación de que las cosas llegan por milagro a nosotros, de que la música es una sustancia etérea que se hace presente sin el esfuerzo, con el solo roce de los dedos sobre una pantalla, de que los libros existen en una nube metafórica desde la que podemos hacerlos descender hasta nosotros con solo desearlo. Nada como la tecnología para borrar la huella del esfuerzo ajeno, igual que las del trabajo esclavizador, las del robo.

Pero un libro existe gracias al trabajo de muchas más personas que el autor que lo firma, igual que esa canción que alguien se baja gratis y al instante contiene todo el saber, todo el esfuerzo, toda la inspiración, no solo del compositor, sino de cada uno de los músicos, de los ingenieros y técnicos de sonido, las personas que editaron el disco en su momento, los diseñadores de la portada, los dueños y los trabajadores de las tiendas en las que se vendió en su momento. Y si yo pienso en los libros que llevo escritos, y los veo amontonados delante de mí con una mezcla de asombro y casi de remordimiento, lo que tengo delante no es solo, ni principalmente, mi propia dedicación apasionada y contumaz a la literatura, sino también de toda una multitud de personas a la mayor de las cuales no veré nunca,

pero que constituyen el ecosistema laboral y social y económico gracias al cual lo que yo escribo, encuentra sus lectores: pienso en cada uno de los oficios del libro, en el formato que sea, en editores, en correctores, en traductores, en especialistas en publicidad o diseño, distribuidores, libreros, transportistas. Habrá quien pueda hacer números, y quien cuantifique los puestos de trabajo y el movimiento económico que generan los libros, el beneficio tangible que dejan tareas tan inútiles o aleatorias en su origen como la invención de una historia, como la afición y el vicio de leer, de escuchar música, de mirar cuadros o películas.

Pero estos son tiempos en los que hay que seguir esforzándose por defender lo evidente, y en defenderlo a veces conta viendo y marea, contra una agresividad que no suelen encontrarse los que se dedican a otras profesiones, casi todas más prósperas que la nuestra, y algunas mucho más explotadoras y dañinas.

Nadie encuentra ilícito pagar un café, o una entrada a un partido de fútbol, o una conexión a internet, pero hay todavía quien se le queja a un escritor porque no ha podido leer gratis su columna en el periódico. Personas llenas de sensibilidad hacen cola durante noches enteras para comprar, a un precio exorbitante, el último modelo de iPhone, pero comprar un libro les parece vejatorio, y peor todavía, anacrónico. Todo el mundo está dispuesto, con una generosidad ejemplar, a regalar los detalles de su vida más íntima a colosales compañías que son las dueñas del mundo, y que alimentan igual la riqueza inconcebible de unos cuantos megamillonarios y la vigilancia omnisciente de regímenes despóticos: la protesta comienza cuando lo que se le solicita a alguien es que corresponda con un pago casi siempre escaso por el bien cultural que ha elegido disfrutar.

La demagogia de lo gratuito, favorecida insensatamente muchas veces por la clase política española, se alió durante los peores años al papanatismo tecnológico y a la crisis económica para causar a las industrias culturales un daño que estuvo cerca de ser irreparable (y que lo ha sido, en algunos casos). Muchos de nosotros nos hemos visto acusados públicamente de defender un privilegio injusto y levantar barreras elitistas contra el acceso universal a la cultura: como si la cultura se sostuviera sobre la nada y como si los muchos miles de hombres y mujeres que la hacen vivieran del aire. En uno de los momentos más difíciles, un expresidente autonómico, guiado por un fervor tal vez protosenil por la tecnología y la piratería, dijo sarcásticamente sobre mí que yo estaba furioso porque mis hijos no iban a poder vivir del cuento. Quizás sobrarían dedos en las manos para contar a los hijos o nietos de escritores que viven de la herencia de sus derechos de autor.

A los poderes públicos les corresponde la tarea de sostener y mejorar el sistema educativo, las redes de bibliotecas, y a las instituciones culturales, en colaboración con el mecenazgo privado. También es responsabilidad suya el establecimiento de un marco legal que asegure los derechos fundamentales de quien se dedica a estos trabajos siempre inciertos. Pero es a los ciudadanos, a los lectores, a los espectadores, a quien es lícito pedir que ejerzan la responsabilidad de defender aquellos bienes culturales que más les importan, y de contribuir a su sostenimiento. Gratuito no es lo mismo que libre, aunque las dos cosas se digan en inglés con la misma palabra. La libertad siempre es más frágil de lo que parece y nunca es gratis, una prensa libre, fuerte, crítica, independiente del poder político y



del poder del dinero solo puede existir si los ciudadanos que la aprecian y se benefician de ella la sostienen. La libertad de invención y de espíritu es un impulso individual y también es un estado de ánimo colectivo y un ingrediente de las sociedades libres. No nos queda más remedio que seguir repitiendo alto y claro que es obvio y que seguir luchando por lo que es evidente.